

“El único libro que me lee a mí”

Modestas reflexiones al caer de la tarde...

Alfredo MORIN; p.s.s.

El conocido biblista del *Consejo Mundial de Iglesias*, Hans-Ruedi WEBER, conserva con cariño en su escritorio una talla de madera, obra de un artista anónimo de Tanzania. Representa una mujer africana arrodillada. En su cara tatuada de rasgos estrictamente simétricos despierta una sonrisa. Uno adivina que su alegría tiene que ver con el libro marcado de una cruz que ella mantiene alto sobre su cabeza. “En esta escultura, escribe WEBER, el artista quiso captar el momento cumbre de una historia a menudo narrada en Africa del Este: una humilde mujer acostumbraba deambular con una Biblia voluminosa. Nunca andaba sin ella. Pronto los aldeanos empezaron a burlarse de ella: ‘¿Por qué siempre la Biblia? ¡Hay tantos libros que puedes leer!’ Pero la mujer seguía imperturbable con su Biblia, indiferente a la rechifla. Un día, se arrodilló en medio de los burleteros y, elevando su Biblia alto sobre la cabeza, dijo con amplia sonrisa: ‘Por supuesto, son muchos los libros que yo podría leer, pero éste es el único libro que me lee a mí’ ”¹.

Familiarizarnos con la Biblia para que ésta nos ayude a descifrar el sentido de nuestra vida, allí está el meollo del apostolado bíblico y de la catequesis. Por esto quisiera aquí compartir algunas reflexiones, algo deshilvanadas e incompletas, pero fruto de una larga historia de amor a la Sagrada Escritura. Estas breves reflexiones no se dirigen a especialistas. Solamente pretenden ayudar a quienes se inician en la lectura meditativa de la Biblia, perplejos ante las dificultades con las que tropiezan todos los que dan los primeros pasos. Pero, hagamos una aclaración preliminar:

¿La Biblia se lee o se escucha?

El invento de la imprenta por Gutenberg propició una revolución en la forma de acoger la palabra de Dios. Antes, durante milenio y medio en el caso de los cristianos, *se escuchaba* —y hasta *se miraba*²— la palabra de Dios, más que todo en la asamblea litúrgica. La mayoría de los fieles se familiarizaban con la Biblia en las iglesias, escuchando la predicación,

¹ WEBER, Hans-Ruedi, *Experiments with the Bible*, Geneva, World Council of Churches, VII.

² En varios manuscritos de los siglos 16 y 17 se encuentra la expresión “ver misa”.

admirando los retablos, los vitrales, las esculturas, participando en los autos sacramentales. Con la multiplicación de las biblias impresas, especialmente en latín, la Biblia se volvió poco a poco un libro de letrados, un libro de estudio.

Nadie se quejará de la revolución cultural producida por la imprenta. Para la evangelización, este invento resultó una bonanza y los primeros misioneros que llegaron a este continente supieron aprovecharlo. Pero esta nueva técnica traía sus peligros. Por una parte, la memoria cerebral empezó a retroceder ante la memoria de papel. El hombre antiguo se aprendía de memoria textos bíblicos extensos que lo acompañaban en el caminar de la vida. El hombre moderno retiene mucho menos en su memoria. Tal es el precio de la alfabetización.

Otro peligro frecuente: descuidar la pedagogía adecuada para hacer llegar la Buena Nueva a la gente sencilla, analfabeta. Podemos agradecer a los primeros frailes que evangelizaron estas tierras el haber evitado este escollo. Si la América indígena, por ejemplo en Nueva España, ha podido ser en gran parte evangelizada, especialmente en el siglo 16, no fue porque se hayan distribuido muchas biblias —este apostolado es característico de nuestro siglo— sino porque la Biblia estaba muy presente en la catequesis, la predicación, las dramatizaciones que se organizaban con ocasión de las grandes fiestas. Y sin duda, siendo poca la gente alfabetizada que usa de hecho su capacidad de leer (las estadísticas indican de 3 a 5%!), resulta de primera importancia hacer llegar el mensaje por otros conductos que de veras lleguen al Pueblo de Dios.

Conductos esenciales siempre serán la liturgia, la predicación, la catequesis, el círculo bíblico, la revisión de vida. Estos son los contextos vitales eclesiales más adecuados para que la Biblia sea percibida en su papel auténtico: el de CELEBRAR y CONVERTIR. Pues, uno no se acerca a la Biblia para ilustrar su mente, acumular nuevos conocimientos, sino para volver al Señor, progresar en su amor. La iniciación bíblica académica no es sino un paso previo hacia lo único verdaderamente importante: un encuentro vital con el Dios de Jesucristo.

Por esto conviene rodear la Biblia de signos de respeto, para que no aparezca como uno de tantos textos de estudio, sino como un medio privilegiado por el que el Señor nos habla, nos interpela, nos llama a la conversión y al compromiso. No faltaron en la historia de la Iglesia santos que siempre leían la Biblia de rodillas, con la misma veneración que acostumbramos manifestar a Jesús sacramentado en la Eucaristía.

Convencernos de que la palabra de Dios es poderosa

Dios está realmente presente y activo entre nosotros por su palabra (SC 7). Cuando hablamos de "presencia real", pensamos espontáneamente en la Eucaristía. Y con razón. En ella culmina la presencia de Cristo, Palabra de Dios encarnada en medio de nosotros. También se hace realmente presente el Señor bajo otras modalidades, por ejemplo "cuando se lee en la iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla" (SC 7). Esta

presencia es real, eficaz, salvadora. Nos transforma cuando la acogemos con fe. Aquí conviene releer varios textos, especialmente de San Pablo y de San Juan: "El Evangelio es poder de Dios para la salvación de todo el que cree" (Ro 1, 16); "la palabra de Dios obra en vosotros que tenéis la fe (1 Ts 2, 13; cfr. 1 Co 1, 21; 15, 1s; Fil 2, 16); "Ahora os dejo en manos de Dios y de su palabra, que es gracia y tiene poder para construirnos y daros parte en la herencia de los santos" (Hch 20, 32); "El que escucha mi palabra y cree tiene la vida eterna" (Jn 5, 24); "Puros sois gracias a la palabra que os he dicho" (Jn 15, 3; cfr. 6, 63.68; 17, 7). Por esto es tan afirmativo el concilio Vaticano II: "La palabra de Dios posee tan gran fuerza y virtud que ella es sostén y vigor de la Iglesia, y para los hijos de la misma Iglesia, fortaleza de su fe, manjar del alma y fuente pura y perenne de vida espiritual" (DV 21).

La palabra de Dios y los sacramentos: una sola presencia liberadora

Se me perdonará abordar aquí un tema muy escolástico, sembrado de latinajos, poco atrayente para el hombre contemporáneo. Pero las confusiones son responsables de tanto daño en nuestra actividad pastoral que no hay modo de evitarlo. Cuando comparamos la eficacia de la palabra de Dios y de los sacramentos, distinguimos lo que siempre debería venir estrechamente unido. San Agustín en una de tantas intuiciones geniales decía que los sacramentos son "palabras de Dios dramatizadas".

Es corriente que entre católicos se diga: los sacramentos son eficaces porque obran *ex opere operato*. En cuanto a la palabra de Dios, se dice que es un sacramental, una especie de sacramento de segunda categoría, y que obra *ex opere operantis*. En el primer caso, se entiende a menudo que la eficacia es automática por el solo hecho de poner válidamente la materia y la forma del sacramento (v.g. agua y fórmula bautismal), con la consecuencia de que al multiplicar los sacramentos, se multiplicaría la santidad. De ahí en ciertos países la costumbre de regalar a los neosacerdotes contadores de comuniones, de ofrecer ramilletes espirituales con insistencia en la cantidad, de mandar celebrar por testamento millares de misas. En el segundo caso, la eficacia dependería únicamente de las disposiciones del sujeto. Con razón escribe el P. A. M. ROGUET: "el uso de semejantes categorías, tan rígidas y restringidas, es mortal para la teología de la liturgia".

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que los sacramentos obran *ex opere operato*? La expresión fue acuñada en el s. 12 por Pierre de Poitiers. No significa que los sacramentos obren en nosotros la santidad en forma automática, sin correspondencia de nuestra parte. Significa que obran en virtud de la acción de Cristo, o sea, es Cristo mismo quien se hace presente, quien celebra, quien nos ofrece su gracia. Esto quiere decir que el sacramento no es eficaz a causa de la santidad del ministro, ni a causa de las meras disposiciones del recipiente, sino que es signo eficaz de la presencia real salvadora de Cristo.

Pero la presencia real de Cristo no basta para que la sepamos aprovechar. Pues, así como millares de personas en Palestina toparon con

Jesús, experimentaron su presencia física, en carne y huesos, sin sacarle el menor provecho por falta de fe (Jn 1, 11), en la misma forma Cristo Salvador, realmente presente en los sacramentos, no es de ningún provecho para quien no se hace presente en este encuentro de gracia. Por esto San Pablo dice a los corintios que sus asambleas eucarísticas les hacen daño (1 Co 11, 17) y por esto también el sacerdote en la misa dice al Señor: "la comunión de tu Cuerpo y de tu Sangre no sea para mí un motivo de juicio y condenación".

ROGUET se pregunta: "¿Acaso se puede decir que la palabra de Dios tiene una verdadera eficacia sacramental y que obra *ex opere operato*?" Y escribe a continuación: "La respuesta afirmativa es evidente, a condición de que se devuelva a la expresión *ex opere operato* su sentido verdadero". Jesucristo está presente en los sacramentos y en su palabra. Esta presencia es de suyo salvadora, liberadora. Pero, como dice San Juan Crisóstomo, esta presencia la aprovechamos en la medida de nuestra fe.

El desconocimiento práctico de este vínculo íntimo entre palabra, sacramento y fe ha sido causa de tendencias unilaterales que empobrecieron nuestra pastoral en sus momentos de decadencia. Una pastoral sacramentalista con descuido de la palabra de Dios que alimenta la fe perjudicaba al mismo sacramento, ya que un sacramento recibido sin fe se vuelve insignificante y degenera en práctica ritualista. También se ha llegado a considerar la palabra de Dios como una mera preparación, como una etapa preliminar, olvidando que la palabra de Dios tiene su propia eficacia salvífica (DV 17; SC 7) y que, de todos modos, toda la Eucaristía es celebración de la palabra.

Muchos exégetas se preguntan si en el capítulo 6 de Juan, Jesús habla en algunos versículos de la Eucaristía y en otros, de su palabra. En realidad para Juan, la mesa de la palabra y la mesa eucarística se confunden en una sola en la que se nos ofrece Cristo, Verbo de Dios, nuestro alimento.

Existe una analogía entre la palabra de Dios, los sacramentos y los milagros de Jesús. Todos tienen en común que son acciones salvíficas de Jesús que reclaman nuestra fe. San Agustín, al comentar el episodio de la mujer afligida de un flujo de sangre, se pregunta por qué, al tiempo que todos apretujaban físicamente a Jesús, sólo aquella mujer salió curada. Y responde: es que ella sola supo tocarlo de verdad, por su fe. Marcos (6, 5s) nos narra que Jesús no pudo hacer milagros en Nazaret porque su gente no creía. En otras ocasiones, sí pudo manifestar su poder: "tu fe te ha curado" (Mc 5, 34; Mt 9, 22; cfr. Mc 10, 52 y par.; Lc 17, 19). En el caso del niño epiléptico, dice Jesús: "Todo es posible para quien cree". Contesta el padre: "Creo. Ayuda a mi poca fe" (Mc 9, 14-29).

La palabra de Dios convierte y compromete

Nada más fuerte que la palabra de Dios cuando uno la deja actuar. ¡Y nada más renovador que un encuentro real con el Dios vivo! Convierte y compromete. Entonces el Señor le dice a uno: ¡Ven! ¡Sígueme! Esta

palabra que invita, desinstala, destierra, cambia proyectos, trastorna la vida, lanza en aventuras que uno nunca hubiera imaginado. La Biblia no es un libro de estudio como otro. El Espíritu que en ella sopla renueva la faz de la tierra y el corazón del cristiano. Uno ha frustrado la cita con Dios si, después de leer la Biblia, no se siente fuertemente arrastrado a un compromiso social, a un servicio generoso. Escribe Santiago (1, 19ss):

"Recibid con docilidad la palabra sembrada en vosotros que es capaz de salvar vuestras almas. Poned por obra la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si uno se contenta con oír la palabra sin ponerla por obra, ése se parece al que contempla su imagen en un espejo: se contempla, pero, en yéndose, se olvida de cómo es... El culto puro e intachable ante Dios es éste: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación...".

Número uno, dos y tres: ¡el ministerio de la palabra!

Cuando San Pablo pone orden en los carismas de la Iglesia de Corinto, hace énfasis en los ministerios de la palabra: "Dios ha querido que en la Iglesia haya: en primer lugar, apóstoles; en segundo lugar, profetas; en tercer lugar, maestros; luego personas que hacen milagros, etc..." (1 Co 12, 28). Los tres carismas que Pablo pone de relieve son tres servicios de la palabra. Por esto, los Doce serán servidores de la palabra (Hch 6, 2). Fuera de la oración, no conviene que otros menesteres les vayan a distraer de lo que es primero. Y San Pedro, jefe de los Doce, sale espontáneamente a evangelizar y deja la curia de Jerusalén a Santiago.

El concilio Vaticano II presenta como papel primero del sacerdote y del obispo el de servidor de la palabra (PO 4; CD 12; OTE 16; cfr. *Mysterium fidei*). Define el sacerdocio de la Nueva Alianza a partir de Ro 15, 16: "ejercer la función sagrada de anunciar la Buena Nueva" (PO 2; LG 21; GS 38; AG 23). En *Evangelii nuntiandi*, Paulo VI, luego de citar a San Pablo (1 Co 9, 16: ¡Ay de mí sino evangelizara!) y al Sínodo de 1974 ("Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia") agrega: "Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda..." (n. 14; DP 224). Tal será el tema central de la Conferencia de Puebla: La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina.

La mediación inicial es la profética: "la fe entra por los oídos" (Ro 10, 17). Todo cristiano debería aspirar a un ministerio de la palabra. Familiarizarse con la palabra de Dios es camino obligado.

El ideal y la realidad

La Biblia debería ser el alma de la catequesis. A ratos, ha sido poco más que ausente. A veces su presencia no ha pasado de ser ornamental, marginal, anecdótica: en este caso, la Biblia servía de cantera para historietas moralizantes. Otras veces se ha instrumentalizado la palabra de Dios

para probar tesis, defender ideologías de derecha o de izquierda. Otro abuso frecuente podría llamarse "exegetismo arqueológico": se estudian los libros de la Biblia como muestras de museo, sin actualización, sin aplicación a la vida. O bien se da rienda suelta al capricho, a la imaginación: la palabra de Dios se vuelve un mero pretexto para expresar cualquier pensamiento que nos pasa por la cabeza. Otra plaga muy dañina que afecta el uso de la Biblia en la catequesis y la predicación es el fundamentalismo: una lectura acrítica, ingenua de la Biblia, sin tomar en cuenta los géneros literarios, el progreso de la revelación, los aportes de la ciencia exegética. Este virus es característico de la mayoría de las sectas, pero nos infecta a nosotros también. No sin razón decía un famoso profesor de Sagrada Escritura que la catequesis habitualmente lleva medio siglo de atraso sobre los aportes más sólidos de la exégesis.

Consecuencias de estas corruptelas

Cuando la Biblia deja de ser el alma de la catequesis, cuando no se respeta el sentido de la palabra de Dios, cuando descuidamos el ministerio de la palabra en la Iglesia, todo en ella se desintegra. *La fe* se deteriora: el cristiano retrocede al paganismo, vuelve a la precariedad de sus supersticiones; las sectas pululan en los espacios que dejamos baldíos. *La santidad* escasea: el cristiano, en vez de actuar como hijo agradecido de Dios, vuelve a ser esclavo de la ley; pasa de una moral de acción de gracias a un moralismo cerrado; abandona su compromiso de amor y de entrega y se fuga en el individualismo y la mediocridad. *Los sacramentos* que, según la acertada fórmula de Santo Tomás de Aquino, "santifican significando", pierden su sentido; degeneran en formalismo hueco, en gestos insignificantes, en magia. *La misma jerarquía*, en vez de visibilizar a Cristo, Buen Pastor de su rebaño, se vuelve administración, burocracia, simple poder terrenal. *El apostolado* ya no es contagio de amor, dinamismo de liberación del pecado y de sus consecuencias; se vuelve mero proselitismo, sectarismo, fanatismo, guerra santa, inquisición, lucha de clases.

Por esto es tan importante consagrarnos a una continua labor de reevangelización y adquirir la sana costumbre de dejarnos leer cada día por la palabra de Dios.

Una palabra liberadora, pero difícil...

En las últimas décadas, mucho se ha insistido, y con razón, en la necesidad de liberar la palabra de Dios del círculo de especialistas que a menudo la han tenido secuestrada³. La palabra de Dios no es territorio reservado de los sabios. Su clientela preferida es la gente humilde: "El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha consagrado para llevar la

³ Cfr. MESTERS, Carlos, *Por trás das palavras, Um estudo sobre a porta de entrada nel mundo da Bíblia*, Petrópolis, 1974. Id., *Flor sem defesa*, ibid: 1983. En traducción castelana: *Flor sin defensa*, Bogotá, CLAR, 1984.

Buena Nueva a los pobres" (Lc 4, 18); "Id y contad a Juan lo que oís y véis: los ciegos ven y los cojos andan... y la Buena Nueva se anuncia a los pobres" (Mt 11, 5; Lc 7, 22); "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños" (Mt 11, 25; Lc 10, 21).

En un momento en que la Biblia se publicaba a menudo en hebreo, griego y latín y era objeto de sabios estudios de grandes filólogos, uno de ellos, ERASMO de Rotterdam, hizo campaña en su *Paráclisis* para que la palabra de Dios se tradujera en lengua vulgar y se pusiera al alcance de la gente más sencilla. Fray Juan de ZUMARRAGA, el primer obispo de México, se encargó de difundir en nuestro continente esta fecunda opción pastoral: "No apruebo la opinión de los que dicen que los idiotas no leyesen en las Divinas Letras traducidas en la lengua que el vulgo usa: porque Jesucristo lo que quiere es que sus secretos muy largamente se divulguen. Y así desearía yo por cierto que cualquier mujercilla leyese el Evangelio y las Epístolas de San Pablo"⁴.

La frase que acabamos de citar es muy significativa. Por una parte expresa un vivo deseo de que la palabra de Dios llegue a los más humildes. Pero, por otra parte, pone una restricción: el Evangelio y las Epístolas, o sea, las lecturas de la Misa. Porque en la Iglesia de aquel tiempo, aún los que con más ardor deseaban poner la Biblia en manos de todos, restringían a parte del Nuevo Testamento el mensaje más accesible al Pueblo de Dios. Primero, pues, entender bien lo que nos ofrece la liturgia, lo que el sacerdote comenta y actualiza en su homilía.

Y la verdad es que la Biblia no es de una lectura fácil, sobre todo el Antiguo Testamento. Escrita hace dos o tres milenios en el molde extraño para nosotros de otra cultura, exige de parte nuestra un gran esfuerzo para descifrar sus mensajes. Las lenguas hebrea y aramea reflejan una idiosincrasia muy distinta de la nuestra. El griego, pariente nuestro, es lógico; el hebreo, analógico. El occidental —¡nosotros!— tiende a razonar; el oriental, a comparar. La traducción a nuestros idiomas occidentales es siempre laboriosa e imperfecta, y se puede decir que varios versículos bíblicos no nos han revelado todavía con claridad su sentido, a pesar de siglos de estudio. Agreguemos a esto que aún los judíos contemporáneos de Jesús a menudo no lograban entender el mensaje bíblico, tan difícil resulta modificar las propias ideas para penetrar con mente abierta en el pensamiento ajeno, máxime cuando se trata de acoger la novedad del Evangelio. Jesús reprochaba a los discípulos de Emaús su falta de inteligencia de las Escrituras (Lc 24), y deploraba que "los judíos" que las investigaban no quisieran venir a El (Jn 5, 39s). Pedro, por su parte, encontraba en las cartas del hermano Pablo de Tarso "cosas difíciles de entender" (2 P 3, 16).

¿Significará esto que sería más realista reservar la lectura bíblica a los universitarios? Ciertamente, no. La experiencia pastoral nos muestra

⁴ Cfr. MORIN, Alfredo, "La Biblia en la evangelización de Hispanoamérica", en *MEDELLIN*, 53, 1988, 73-80.

que la gente sencilla que hace una lectura orante de los Evangelios en la simplicidad de su fe, sin detenerse en dificultades, pero buscando con humildad un mensaje de vida de su Señor, saca mucho provecho. Inclusive, algunos sociólogos han observado que los campesinos entienden con facilidad y como intuitivamente muchos textos bíblicos que quedan opacos para la gente más sofisticada de la ciudad. Se da como explicación que el contexto en el que nació la Biblia más se parece a nuestros ambientes rurales que a nuestro mundo urbanizado. Sin duda. Pero quizás más todavía porque la sencillez y la humildad son condiciones imprescindibles para captar la voz de Dios.

Una palabra en libertad vigilada

Poner, pues, la palabra de Dios al alcance de todos. Traducirla en lenguaje accesible. Y agreguemos: también vigilar por su recta interpretación.

Porque la palabra de Dios puede volverse peligrosa en manos demasiado inexpertas o malévolas. Mejor dicho: la palabra de Dios es peligrosa cuando deja de ser palabra de Dios y se vuelve ideología nuestra. En efecto, no hay nada más peligroso que un error al cual se le da un valor absoluto poniéndolo abusivamente bajo la autoridad de Dios. Por esto, el fanatismo religioso es el más temible de todos. Así surgen herejías, cismas, persecuciones, atropellos de toda clase, disfrazados con los ropajes de la virtud y del celo.

Para quedarnos con ejemplos sacados de la historia de nuestra América, bastará con recordar, en vísperas del 5º Centenario de la Evangelización, que al lado de muchos teólogos valientes que supieron luchar por los derechos de los humildes, no faltaron quienes quisieron justificar la esclavitud de indios y negros con textos bíblicos mal interpretados. Para salir en defensa de quienes esclavizaban a los indígenas, el bachiller Martín FERNANDEZ de ENCISO, fundador de Santa María la Antigua, la primera ciudad española del continente americano, alegaba ante el rey el precedente de la conquista de Canaán por Josué:

“(Moisés) envió Josué a requerir a los de la primera ciudad que era Gericó, que le dejasen e diesen aquella tierra, pues era suya, porque se la había dado Dios; e porque no se la dieron los cercó y los mató a todos, que no dejó sino una muger porque había librado a sus espías que no los matasen los de la ciudad, e después les tomó toda la tierra de promisión por fuerza de armas, en que mató infinitos de ellos, e prendió muchos, e a los que prendió los tomó por esclavos, e se sirvió dellos como esclavos. E todo esto se hizo por voluntad de Dios porque eran idólatras”. (CODOIN 1, 443s).

Así se justificaban los peores atropellos en aras de una “guerra santa”. En la misma forma, millones de africanos fueron esclavizados y deportados a las Indias bajo el amparo de una falsa interpretación de Gn 9, 26s: “Que el Señor bendiga a Sem y que Canaán sea su esclavo”.

Si uno agrega el caso Galileo, la interpretación antisemita de Mt 27, 25 ("Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos")⁵, o la de Jn 12, 8 en el sentido de que sería vano luchar contra la pobreza ("Pobres siempre tendréis con vosotros."), con unas cuantas lecturas capitalistas o marxistas de los Evangelios, uno ve cuán fácil es desviar el mensaje de amor de la Biblia para ponerlo al servicio de los intereses más mezquinos.

Por esto es tan importante que la Biblia, nacida y transmitida en una comunidad de fe, se interprete *en Iglesia*, en la comunión y participación de todos los carismas de los cristianos: obispos, exégetas, profetas, catequetas, etc. . .

Tres secretos para no tropezar

Las consideraciones anteriores no deben desanimar a los eventuales lectores de la Santa Biblia. Una lectura pausada, orante, con alma de pobre, en Iglesia, siempre será un camino certero para madurar en la fe y el amor. Será una de las experiencias más gratificantes que pueda tener un cristiano.

Notemos sin embargo que muchos que emprenden la lectura del texto sagrado pronto se desaniman, porque encuentran múltiples dificultades que no pueden sortear. La asesoría de peritos puede ser muy útil, pero a veces parece hasta contraproducente, porque nuestra gente vive en un mundo tan alejado del de los exégetas que las respuestas que se dan a sus inquietudes, por acertadas que sean, a veces no logran sino aumentar la confusión. Escribía Luis ALONSO SCHOEKEL hace ya tres décadas: "El público pregunta. Nosotros respondemos. El público se escandaliza"⁶. No basta pues con solucionar casos aislados, iluminar textos sueltos, responder preguntas al menudeo. En muchos casos, cada respuesta científica hace surgir otros dos interrogantes, y la confusión crece en progresión geométrica. Una vida no bastaría para salir del atolladero. ¿Qué hacer, pues?

En realidad, la mayoría de las dificultades se pueden agrupar en tres grandes problemas. Cuando uno logra hacer claridad sobre estos puntos, todo se simplifica. Por esto proponemos a continuación TRES CLAVES PARA EVITAR FALSOS PROBLEMAS en la lectura de la Biblia. Quien logre dominar estas claves podrá sortear muchos obstáculos. En el peor de los casos, sospechará por dónde se encuentra la verdadera explicación. Por cierto, estas claves no harán de uno un experto, un exégeta profesional. Pero tampoco es esto necesario para una lectura provechosa de la palabra de Dios. Las claves ayudarán a una lectura tranquila, serena, orante del texto sagrado. Esto es lo que más importa.

⁵ Cfr. MORA, Vincent, *Le refus d'Israel*, París, Cerf, 1986.

⁶ ALONSO SCHOEKEL, Luis, s.j., *El hombre de hoy ante la Biblia*, Barcelona, Juan Flors, 1959.

PRIMERA CLAVE: La Biblia es una obra de FE, no de ciencias profanas

Muchos ya tropiezan en el primer capítulo del Génesis y preguntan: "¿Cómo será posible hoy creer que el mundo haya sido creado en seis días? La ciencia moderna demuestra lo contrario". Falso problema. La Biblia no enseña nada tal. De hecho, el hebreo antiguo no se preocupaba por saber cuánto tiempo había gastado Dios en crear el mundo. Esto sencillamente no interesaba. El primer capítulo del Génesis no es un reportaje ni una crónica de las hazañas de Dios. Es un himno de alabanza al creador, con su refrán: "Y Dios vió que esto era bueno, y hubo una noche, y hubo una mañana...". Tan es así que algunos artistas, como Magdalit, han puesto melodía a este texto con resultado admirable. El poeta compara Dios creador a un campesino laborioso que llenó bien su semana y mereció su descanso. El hombre de mentalidad occidental —¡nosotros!— muy pragmático pregunta: "¿Cuánto tiempo hubo que invertir en semejante obra?". El hebreo, más poeta, compara: "¿A qué se parece Dios Creador?". Siglos después, Jesús adoptará el mismo estilo: "¿A qué se parece el Reino de Dios?...". Dos mentalidades, dos modos distintos de mirar el mundo. El que quiera captar las riquezas de la Biblia deberá entrenarse a mirar el mundo con ojos de hebreo.

La Biblia, pues, no se interesa por las ciencias exactas. Decía San Agustín: "El Espíritu de Dios que hablaba por los autores inspirados no quiso enseñar a los hombres cosas inútiles para su salvación" (*De Gen.* 2, 9, 20; PL 34, 270). El cardenal Baronio agregaba: "La Biblia no nos dice cómo está hecho el cielo, sino cómo se va al cielo". No perdamos tiempo procurando hacer concordar los seis días de la creación con los períodos geológicos de la ciencia moderna. El sacerdote de Jerusalén que compuso el espléndido himno a la Creación estaba a años-luz de semejantes preocupaciones.

Otro ejemplo. Si uno compara los dos textos del Génesis sobre la creación (Gn 1-2, 4a y Gn 2, 4b...) uno nota una gran diferencia en lo que se refiere a la creación del hombre. En el primer texto, el hombre es creado al final. En el segundo, al principio. La gente de mentalidad occidental se pregunta: "¿Cuál de los dos está equivocado?". Respuesta: ¡Ninguno! Pues, ninguno de los dos textos pretende ofrecernos un cronograma de cómo Dios cumplió su agenda. Ambos textos nos comunican un mensaje teológico. El primer texto nos dice que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Es la corona de la creación. Por esto se presenta al final de un crescendo. El segundo texto nos enseña que el hombre es colaborador de Dios: desde el principio colabora con su patrón para organizar la hacienda del mundo. El punto de vista es teológico, no cronológico. Ambos textos nos dicen cuál es la misión del hombre, con los modos de hablar antiguos, que para este propósito resultan perfectamente adecuados.

Lo que se dijo de las ciencias exactas profanas, vale en parte para la historia. Pero ¡cuidado! La Biblia sí contiene verdades históricas realmente enseñadas por el Espíritu de Dios, ya que nuestra salvación se ha realizado por una cadena de intervenciones divinas en la historia humana.

Dios es Señor de la historia. No podemos eliminar la veracidad de las grandes líneas de la historia de la salvación: sería quitarle piso al mensaje bíblico. Pero esto no quiere decir que los escritores inspirados hayan compartido nuestras preocupaciones modernas por las estadísticas rigurosas, por el detalle histórico, por las fechas escrupulosamente exactas. En el concilio, el cardenal KOENIG de Viena presentó una lista de textos bíblicos históricamente contradictorios. En la mayoría de los casos, sería vano pretender que se deben a errores de copistas. A nosotros, parecen errores. Pero para el hombre hebreo antiguo, son detalles sin importancia. El hombre bíblico estaba más preocupado por el *sentido* de los eventos que por la perfecta exactitud de los datos referidos. Cuestión de mentalidad.

La Biblia es obra de FE, escrita por orientales con mentalidad muy distinta a la nuestra. Nos toca a nosotros adaptarnos a la mentalidad de ellos.

SEGUNDA CLAVE: La revelación ha sido progresiva

El lector no prevenido que se lanza por primera vez a la lectura del Antiguo Testamento encuentra, al lado de preciosas joyas de sabiduría, muchas piedras de escándalo: una moral a menudo arcaica, violencias y crueldades que parecen respaldadas por un Dios vengador, poligamia de los patriarcas, tolerancia del divorcio, de licencias sexuales, etc.... ¿Cómo se puede compaginar todo esto con un texto reconocido por la Iglesia como inspirado, como palabra de Dios?

Aquí es de suma importancia considerar la Biblia *en su dinamismo global*, desde el Génesis hasta el drama del Calvario. El Antiguo Testamento es el diario del Pueblo de Dios, su libro de bitácora, su álbum de familia, en el que van registradas sus experiencias en medio de tumultos de batalla, consignados los descubrimientos teológicos de sus profetas, en un largo caminar de luces y sombras, tejido de hallazgos espirituales e infidelidades, en espera de la revelación definitiva que le traerá Jesucristo. El Antiguo Testamento es una lenta pedagogía (Gá 4; DV 15); es el tiempo de la paciencia divina. Los Padres de la Iglesia decían: el tiempo de la condescendencia divina. En aquel largo proceso, Dios no impone desde un principio el paquete completo de sus exigencias de amor, sino que ayuda a su Pueblo a ir descubriendo su camino a través de experiencias dolorosas: esclavitud, invasiones extranjeras, etc... Dios, pues, es un buen pedagogo, muy aguantador, que ha ido manifestando su voluntad poco a poco, en largas etapas, según podía captarla un Pueblo duro de cerviz (Mt 19, 8). Por esto, no hay tantas verdades en el Pentateuco como en los Evangelios, ni son tan bien enunciadas las primeras como las últimas. La doctrina del pecado original en Gn 2-3 no está tan perfectamente formulada como en la epístola a los Romanos. La moral del libro de los Jueces prepara de lejos la de los grandes profetas, quienes serán superados a su vez por la enseñanza de Jesús. Los viejos textos del Antiguo Testamento han sido constantemente releídos, reinterpretados, mejorados, enriquecidos a la luz de nuevas revelaciones, y la última relectura, la definitiva, será la de Jesucristo. En tal forma que Hugo de San Víctor (s. 12) pudo escribir: " Toda la Escritura divina es un solo libro, y este único libro es Cristo".

Así queda claro que nuestra lectura del Antiguo Testamento no será la de los antiguos hebreos sino la lectura que en su tiempo hizo Jesucristo, a la hora de la síntesis final fijada por el Padre. Esta visión global de la pedagogía divina es crucial para interpretar bien la Biblia. Un cristiano adulto en su fe no lee la Escritura como lo hace el miembro de una secta fundamentalista. Este último, al ignorar el dinamismo de la revelación, da a cada texto del Antiguo Testamento, a veces sacado de su contexto, un valor definitivo de norma absoluta: ¿acaso no es palabra de Dios? Y en esta forma se pueden justificar las venganzas, las guerras santas y cantidades de fechorías y atropellos característicos del Pueblo de Dios cuando apenas despegaba de las tinieblas del paganismo. Al contrario, un discípulo de Cristo, consciente de las etapas de la pedagogía divina, sabe ubicar cada texto en su momento histórico. Nunca considera como norma definitiva lo que no pasa de ser una lejana preparación. Su único punto de referencia definitivo y absoluto es Jesucristo. Por esto consagra lo mejor de su tiempo en conocer siempre mejor a Jesucristo, sus actuaciones y enseñanzas, sus opciones, sus luchas, la forma como El definió su misión frente a los distintos estamentos y grupos de Israel. Todo lo demás es importante sólo en la medida en que le ayuda a conocer mejor a Jesucristo, imagen de Dios.

Recorramos rápidamente algunas dificultades del Antiguo Testamento que se esfuman cuando uno sabe ubicarlas en su momento histórico.

Abraham y sus dos mujeres

Encontramos en la Biblia patriarcas que tenían varias mujeres. Esto no les impedía ser buenos amigos de Dios. Durante siglos, Dios cerró los ojos sobre estas corruptelas en espera del momento propicio para corregirlas. Por otra parte, se aceptaba en el Israel antiguo que un hombre repudiara a su mujer si descubría en ella "algo indecente" (Dt 24, 1). El Deuteronomio viene a dar unos pasos para mejorar la suerte de la mujer: restringe la excesiva libertad del varón (22, 13-29) y ofrece garantías a la esposa repudiada para que no quede sola y desamparada (24, 1s); determina casos en los que el divorcio está prohibido y, cuando se tolera, obliga al marido a entregar un certificado de libertad para que la mujer pueda casarse con otro. Es un paso adelante, pero siglos después, el machismo seguirá vigoroso: "Si tu mujer no te obedece al dedo", aconseja Ben Sirá, "despáchala" (Ecli 25, 26).

En tiempos de Jesús, los fariseos no se ponían de acuerdo sobre la interpretación de Dt 24, 1⁷: ¿en qué podía consistir este "algo indecente" que autorizaba repudiar a la esposa? La escuela laxista de Rabí Hilel aceptaba motivos baladíes como, por ejemplo, si la mujer en la cocina había quemado el guiso. Rabí Aquiba se contentaba con que el marido hubiera encontrado una mujer más hermosa. La escuela de Rabí Shamai, más seria, exigía que el marido hubiera descubierto algo verdaderamente vergonzoso en la vida de la esposa para despedirla: adulterio, mala conducta,

⁷ Cfr. BONSIRVEN, J. *Le divorce dans le Nouveau Testament*, Tournai, 1948.

etc... Toda esta reflexión quedaba muy imperfecta. La auténtica voluntad de Dios, la definitiva, nos vendrá por supuesto de la boca de Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre. Todo lo anterior era tanteo, preparación más o menos lejana a lo definitivo. Jesús será quien nos revelará hacia dónde apuntaba la pedagogía divina. La intención de Dios siempre ha sido que esposo y esposa formaran una pareja estrechamente unida, "una sola carne" (Gn 2, 24), pues, lo que Dios ha unido, el hombre no lo debe separar (Mt 19, 4-6). Al oír esta catequesis, los discípulos de Jesús se extrañaron. No estaban acostumbrados a semejante rigor. Pero el momento había llegado de indicar con claridad el camino estrecho que conduce al Reino: quien pueda entender ¡que entienda!

Aquí resulta patente el error de enfoque de quienes aislan un texto arcaico del Antiguo Testamento del gran contexto de la historia de la salvación y le dan un valor absoluto como si cada versículo de la Biblia hebrea fuera la expresión definitiva de la voluntad soberana de Dios. Una mera etapa del caminar no se debe confundir con la meta definitiva. Estaba reservado a Jesucristo pronunciar esta última palabra al inaugurar los tiempos mesiánicos.

Las mentiritas de los amigos de Dios

Otro ejemplo. Nuestros padres en la fe revelan a menudo un gran talento para engañar (Gn 12, 10-21; 20, 1-18; 25, 29-34; 27, 1-40; 30, 25-43; Ex 3, 22; 12, 35s; Jue 4, 17-22; 5, 24...). Dios no reprocha a Abraham ni a Jacob sus patrañas. Los hebreos admiraban una mentira fina, un engaño inteligente "*ad majorem Dei gloriam*". Para ellos, todavía en los albores de la conciencia moral, el fin justificaba los medios. Jacob engaña a Isaac para robarse la bendición de su padre con el derecho de primogénito que correspondía a Esaú. Cuando los hebreos recordaban este episodio al calor de la fogata, no se escandalizaban: admiraban la astucia del patriarca epónimo de Israel, tan provechosa para sus descendientes. San Agustín en vano quiere convencernos de que no fue mentira sino misterio insondable de Dios: "*non est mendacium sed mysterium*". No cabe duda de que Dios puede escribir derecho con líneas curvas, pero, con todo respeto por el santo doctor y en honor a la verdad, no hay más remedio que aceptar que lo de Jacob sí fue mentira; pero en aquel tiempo remoto, todavía no se alcanzaba percibir su malicia. Al correr de los siglos, Dios irá enseñando gradualmente a su pueblo una moral más exigente: "Sea vuestro lenguaje sí por sí, no por no, y lo que de esto pasa proviene del Malvado" (Mt 5, 37).

Este ejemplo nos muestra que el fundamento de la moral cristiana no debe buscarse en el Antiguo Testamento, sino en la enseñanza de Jesús y de sus primeros discípulos⁸. Tampoco pretende el Antiguo Testamento

⁸ Es importante para catequistas notar que el mismo Decálogo ha sido releído y reinterpretado con soberana autoridad por Jesús. Comparar por ejemplo: Ex 20, 13 y Mt 5, 21-22; Ex 20, 14 y Mt 5, 27s...

ofrecernos un tratado de moral: es la historia de los altibajos de un pueblo. En ésta descubrimos cuán largo fue el recorrido del pueblo electo antes que pudiese acoger la Buena Nueva que traía Jesús.

"Bienaventurado quien estrellará tus niños contra las piedras"

Entre los pasajes más ofensivos del Antiguo Testamento para nuestros oídos cristianos están varios casos de crueldad, a veces ingenuamente atribuidos a un mandato del Señor. ¡Hasta en la Biblia el hombre imagina a Dios a su propia imagen y semejanza! Algunos versículos de salmos quedan tan alejados del camino evangélico del amor que han sido omitidos en el rezo del breviario, por ejemplo los tres últimos versículos del salmo 136 (137) que cierran con la horrible imprecación: "Bienaventurado quien estrellará tus niños contra las piedras".

¿Cómo explicar la presencia de estos restos de escoria en medio de tanto metal precioso? Aquí también es preciso ubicar estos gritos de venganza en su momento histórico. Los hebreos creían en la justicia de Dios, pero no sabían que ésta se podría ejercer en otra vida. Esta verdad, la descubrirán apenas en el siglo 2º antes de JC. Durante casi toda la historia del AT, creyeron que los justos debían ser recompensados y los pecadores castigados en esta tierra⁹. Así entendían el compromiso de la Alianza. De no ser así, pensaban que los enemigos se burlarían de un dios incapaz de defender a los suyos. Por esto muchos creían que los verdaderos santos debían manifestar su celo siendo justicieros implacables, como el sacerdote Pinjas que atravesó con su lanza a una pareja de amantes escandalosos (Nu 25, 6-13), o como el profeta Elías que degolló a los profetas de Baal en el río Cisón (1 R 18, 40), o como el sacerdote Matatías, quien estranguló en el altar a un judío apóstata (1 Mac 2, 1-28). Suprimir al pecador se consideraba como un holocausto agradable a Dios. Pero poco a poco el Pueblo de Dios fue descubriendo que Yavé no era el Dios vengativo "que castiga la maldad de los padres en sus hijos, nietos y bisnietos" (Éx 20, 5), sino el Buen Pastor que busca la oveja extraviada. En un primer momento, Yavé enseña a Abraham que no acepta el sacrificio sangriento del hijo primogénito (Gn 22): es preciso remplazarlo por un animal. Más tarde los grandes profetas condenarán las interpretaciones salvajes de la Alianza. A los hijos del trueno que piden a Jesús fulminar a los habitantes de un pueblo samaritano, Cristo da una lección de misericordia: "No sabéis a qué espíritu pertenecéis, pues el Hijo del hombre no ha venido a destruir la vida de los hombres sino a salvarla" (Lc 9, 55s en varios mss).

Podríamos agregar otros cien ejemplos de esta lenta pedagogía divina. Pero lo principal está dicho. Ya se ve con claridad que nuestra lectura de la Biblia deberá hacer una opción preferencial, no exclusiva, por el Nuevo Testamento. En él se encuentra la luz definitiva que ilumina nuestra vida.

⁹ Cfr. MORIN, Alfredo, "Los zelotas y la muerte de Jesús", en *MEDELLIN*, 54. 1988, 243-252.

TERCERA CLAVE: En la Biblia se encuentran varios géneros literarios y a cada uno corresponde su verdad

Una obra como la Biblia puede considerarse bajo varios ángulos. Puede mirarse como un conjunto. Jesucristo la relee en su totalidad, como plan de Dios que se despliega a través de toda la historia y que "hoy se cumple" (Lc 4, 21; 24, 27). Pero este conjunto está compuesto por toda una biblioteca a la que cada siglo ha ido agregando nuevas adquisiciones. Y estos libros vienen presentados en géneros literarios distintos: historia, mitos, crónicas, epopeyas, oráculos, salmos, ficciones didácticas, libros históricos de carácter edificante, comentarios, tradiciones populares, relatos etiológicos, midrash, parábolas, etc...

Muchas dificultades en la lectura de la Biblia surgen porque el lector no sabe sintonizar con la onda del autor inspirado. Si un autor escribe una novela y yo la interpreto como un reportaje, mi lectura estará completamente errada. Si interpreto una parábola como si fuera una alegoría, me perderé el meollo del mensaje. Por esto importa respetar en cada caso el género literario adoptado por cada autor. Una es la verdad de un científico y otra la de un poeta cuando hablan de la naturaleza. No podemos esperar una descripción fotográfica de un poeta, ni estadísticas rigurosas de quien canta una epopeya. Por otra parte, un género literario ficticio no es en nada inferior a un género histórico para transmitir un mensaje. La parábola del "hijo pródigo" —mejor llamada del "padre misericordioso"— es tan apta como cualquier hecho histórico para propiciar una fecunda reflexión.

Veamos algunos ejemplos de dificultades generadas por la confusión de géneros literarios.

Jonás a bordo de su "ballena"

Toneladas de papel y de tinta se han gastado para discutir si el monstruo marino que recogió a Jonás rumbo a Tarsis era ballena o cachalote. A fines del siglo pasado y principios de éste, los científicos se inclinaban por este último. Error: no fue ni ballena ni cachalote, pues el pez era ficticio. Como bien lo ha visto San Gregorio Nacianceno seguido por todos los exégetas modernos, el libro de Jonás no es historia sino parábola, una ficción didáctica elaborada alrededor de la figura de un profeta que sí existió y cuyo nombre se prestaba para simbolizar al pueblo de Israel que arrastraba los pies cuando Dios lo llamaba a ser su heraldo ante las naciones paganas. La palabra hebrea *yona* significa *paloma*. Así como la paloma no gusta de alejarse de su nido, tampoco los judíos, después del Exilio, querían salir de los muros de Jerusalén. Actitud de consecuencias muy graves en el caso de un pueblo llamado a una vocación misionera. El libro se propone enseñar la misericordia de Dios por todos los pueblos e invitar al Pueblo elegido a salir de su estrecho nacionalismo para predicar el perdón a todos los pueblos.

El que no capte este género literario, nada insólito en aquella época, tiene que explicar cómo puede un monstruo marino albergar un hombre

durante tres días y devolverlo vivo, cómo los jumentos de Nínive pudieron hacer penitencia en la ceniza, etc... Alegar una cadena de milagros es falta de seriedad. Es atribuir a Dios comportamientos bien extraños. Argumentar que Jesús utilizó este texto como signo de su muerte y resurrección para sostener su índole histórica es dar prueba de que uno no entiende nada de la mentalidad semítica. Para Jesús, bastaba que Jonás hubiera tenido una existencia literaria para fundamentar su comparación. Un poco como el Quijote y Sancho Panza, personajes ficticios, han servido a centenares de escritores para analizar las distintas facetas del temperamento español.

El no dar con el verdadero género literario del libro de Jonás ha privado a numerosas generaciones de mucha riqueza. Mientras los científicos estaban ocupados en discutir de ballenas y cachalotes, dejaban escapar el mensaje de misericordia del libro, mensaje tan bello que algunos comentaristas han llegado a decir que el libro de Jonás es una página del Evangelio traspapelada en el Antiguo Testamento.

Un diminuto camello y una aguja enorme

El hombre occidental, que no logra sintonizar con la mentalidad semítica, queda intrigado por Mc 10, 25: "Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el Reino de Dios". El hombre moderno, pragmático, se dice: ¡Esto no puede ser! si fuera así, todos iríamos a parar al infierno! Y para dar una posibilidad de salvación al rico, encuentra dos alternativas: sea achicar al camello, sea agrandar al ojo de la aguja. Fue así como algunos comentaristas imaginaron trocar el camello por un hilo hecho con pelos de camello. Esfuerzo meritorio, pero vano: la palabra griega *kámelos* no ha tenido nunca este sentido. Otros trabajan la otra alternativa y suponen que había una puerta en la muralla de Jerusalén que se llamaba 'el ojo de la aguja' por su exiguo tamaño: los camellos hubieran logrado pasar con dificultad, frotando por ambos lados. Pero ¡lástima! tampoco sirve esta explicación. No hay rastro en la historia de una puerta que se haya llamado así. La verdad es que tenemos aquí un giro hiperbólico bien atestiguado en la literatura hebrea, con algunas variantes. Por ejemplo, en un texto del Talmud se dice: Es más fácil para un elefante pasar por el ojo de una aguja que... etc... Esto significa: es imposible. En el caso del rico de Marcos 10, 25, basta con leer el versículo 27 para tener la verdadera explicación: "Para los hombres, *es imposible*, pero... todo es posible para Dios".

El sol que se detiene atónito y los montes que bailan

Otro ejemplo, muy conocido, ya que este texto estuvo en el corazón del debate que le valió a Galileo ser encarcelado. Por desconocer el género literario de Josué 10, 12-14, muchos comentaristas pensaron que su fe les imponía creer que Josué de veras había logrado parar el sistema solar para poder vencer a los gabaonitas. Tremenda hazaña para un conflicto tan minúsculo. De hecho, estos versículos citan un trozo épico del libro

del Justo, obra poética aludida también por el 2º libro de Samuel (1, 18). El paralelismo de la frase es característico de la poesía hebrea:

Párate, sol, en Gabaón,
Párate, luna, en el valle de Ayalón...

Esta epopeya utiliza los mismos recursos que otras obras poéticas de la literatura universal. Por ejemplo, cuando un poeta llora la muerte de un ser querido, asocia la naturaleza a su duelo: el sol se oculta, el cielo se vuelve gris y lluvioso, los árboles son sauces llorones, los pajaritos dejan de cantar, etc... Algo muy parecido encontramos en la poesía de los salmos. Por ejemplo, cuando el profeta Habacuc (3, 10s) anuncia en un salmo el castigo de Babilonia, toda la naturaleza orquesta la ira de Yavé:

- 10 Las montañas tiemblan al verte;
cae del cielo la lluvia torrencial,
y el mar profundo da su rugido
mientras se alzan las olas inmensas.
- 11 *El sol y la luna no salen de su escondite*
ante el vivo resplandor de tus flechas
y la luz relampagueante de tu lanza...

¿Vamos a suponer que en el día de la cólera de Yavé se volvió a parar todo el sistema solar? Por cierto que no. Se trata de una figura poética. No tiene nada que ver con la ciencia meteorológica ni mucho menos con la astronomía.

Caso muy semejante encontramos en el salmo 114 (113a):

- 1 Cuando Israel salió de Egipto,
la casa de Jacob del país extraño...
- 2 Cuando el mar vio a Israel, huyó
y el río Jordán se hizo atrás.
- Los cerros y las montañas
saltaron como carneros y corderitos...

Algunos científicos, muy poco entendidos en géneros literarios, han pensado que aquí se conservaba el recuerdo de terremotos que hubieran coincidido con el Exodo, y examinaron cuidadosamente las fallas geológicas del Sinaí y del valle del Jordán a ver si encontraban confirmación del evento. Aquí también el desenfoque es total. Lástima que una inoportuna preocupación científica haga perder el mensaje y la poesía de aquellos magníficos cantos de fe!

Pero, detengámonos aquí. En ningún momento hemos pretendido siquiera esbozar un sabio tratado de hermenéutica. Lo único que nos importa con estas modestas reflexiones es que el lector novato de la Biblia no vaya a tropezar con falsos problemas que podrían detener su lectura

serena, pausada, meditativa, provechosa de la palabra de Dios. Las tres claves que hemos propuesto le despejarán el camino. No sobrarán otros recursos: una buena traducción, clara, exacta, con notas oportunas; de pronto, más tarde, un comentario sencillo, con pistas de actualización...

Y cuando el lector, ya libre de preocupaciones inútiles, haya logrado hacer de las Santas Letras su libro de cabecera, el compañero cotidiano de sus bregas y luchas, entonces entenderá por su propia experiencia por qué una humilde mujer de Tanzania pudo algún día proclamar con alegría a la faz del mundo: "Este es el único libro que me lee a mí".